



El «Sierra Aranzazu», botado hace seis meses en astilleros santanderinos, tuvo una trágica y breve historia marinera.

**TERRORISMO
EN EL
CARIBE**

BRUTAL ATAQUE AL “SIERRA ARANZAZU”

cante unos cienos de toneladas de pacíficas mercancías: coñac, muñecas, ajos. Desde Alicante, el «Sierra Aránzazu» pasó a Algeciras, y de aquí, a Ceuta, donde repostó combustible. Finalmente, el barco zarpó el 31 de agosto camino de La Habana, puerto al que debiera haber llegado en la mañana del 15 de septiembre. Era su segundo viaje a Cuba, y el cuarto de toda su corta existencia marinera.

DOTACION

A bordo del «Sierra Aránzazu» iban veinte personas: Pedro Iburgurengoitia García, de cuarenta y dos años, capitán, casado, con dos hijos, domiciliado en Algorta, Vizcaya; Santiago Ibáñez Elorduy, de treinta y dos años, primer oficial, casado, sin hijos, bilbaíno; Francisco Javier Cabello Fernández, de treinta años, segundo oficial, soltero, de Vigo; Ramón Ugarte Zubizarreta, de treinta y siete años,

primer maquinista, soltero, de Orduña, Vizcaya.

Antonio Porta Mendía, de veintiocho años, segundo maquinista, soltero, domiciliado en Barcelona; José Vaquero Iglesias, de veintitrés, tercer maquinista, soltero, de Villablino, León; Isidro Vilas Rodríguez, de treinta y siete años, contramaestre, casado, con dos hijos, de Cea-Villagarcía, Pontevedra; Manuel Caamaño Casais, de treinta y cuatro años, marinero, casado, con dos hijos, de Caldebarco-Muros, Coruña.

Ramón González Núñez de cuarenta y un años, marinero, casado, con nueve hijos, de Castillejos-Santa Eugenia de Ribera, Coruña; René Brito de la Sierra, de veinticuatro años, marinero, soltero, nacido en Santiago de Chile, con domicilio en Santander; José Castro Vilas, de treinta años, mozo, casado, con un hijo, de Luenzo de Arriba-Villagarcía, Pontevedra; Antonio Ferreiros Mella, de veinticinco años, mozo, soltero, de Guillán-

Antonio Ferreiros, mozo del «Sierra Aránzazu», es instalado en la camilla que lo llevaría al sanatorio.





Junto al ministro de Comercio, los tres supervivientes del «Sierra Aránzazu» que llegaron el sábado a Madrid; un empleado de Iberia ayuda a Antonio Ferreiros a mantenerse en pie.

Villagarcía; Isolino Avalos Santos, de veintiséis, engrasador, soltero, de Villagarcía.

Jesús Seoane Rivas, de veintinueve años, engrasador, casado, con un hijo, de Ventodea-Villagarcía; Ramón Ribeiro Caamaño, de diecisiete años, engrasador, soltero, de El Pindo, La Coruña; Alejandro Monasterio Oar, de cincuenta y dos años, cocinero, casado, con dos hijos, de Guernica; Amado Pumarés Barcia de treinta años, camarero, casado, sin hijos, de Puenteáreas; José Luis Barrenechea Mandarieta, de cuarenta y dos años, marmitón, casado, con un hijo, de Ibarraquelva, Vizcaya; Ramón San Jacinto Rico, de veintiocho años, radiotelegrafista, soltero, madrileño, y Guillermo Manjón Fernández de la Reguera, de veintitrés años, agregado, soltero, de Tenerife.

ATAQUE

La singladura iba transcurriendo sin novedad. Milla a milla, el «Sierra Aránzazu» avanzó desde Ceuta hasta aguas del Caribe, no lejos de Guantánamo, vigiladas por norteamericanos. El domingo, 13, a las dos de la tarde, precisamente, un avión de reconocimiento sobrevoló el mercante

español sin entrar en contacto por radio. Horas después, se cenaba a bordo, y las tinieblas del Trópico no tardaron en tragarse al barco.

Se efectuó el acostumbrado cambio de guardia y, en los minutos siguientes, una lancha se acercó al «Sierra Aránzazu», sin duda para identificarlo. La lancha se alejó para volver de nuevo en compañía de otra. Se colocaron a babor y estribor y comenzaron a disparar contra el mercante con ametralladoras y cañones ligeros.

Varios hombres del «Sierra Aránzazu» fueron tocados por la metralla, mientras el barco comenzaba a arder. El peligro de una explosión aconsejó abandonar el barco, para lo que era preciso arriar el bote salvavidas. Cuando estaban todos efectuando la operación, las lanchas dispararon de nuevo, hiriendo a varios hombres y agujereando seriamente el bote.

BOTE

Por fin el bote tocó agua, y los hombres que estaban ilesos ayudaron a los heridos para que pasaran de una embarcación a otra. Durante unos segundos preciosos, los veinte tripulantes pudieron abandonar el «Sierra Aránzazu». Una de las lanchas ilumi-

nó la escena con sus reflectores, hasta entonces apagados. Todos esperaron la muerte. Sin embargo, las lanchas se alejaron definitivamente. Detrás dejaban un barco en llamas y un bote que hacía agua por numerosos puntos y en el que iban veinte seres humanos, heridos once de ellos.

La agresión, anónima y cobarde, se había consumado en diez minutos. La terrible odisea de los naufragos duraría casi catorce horas, hasta que el caguero holandés «Thulin», avisado de que estaba ardiendo un barco, locizó el bote y rescató a sus ocupante. Entre ellos había ya dos muertos: el capitán, que falleció veinte minutos después de ser abandonado el «Sierra Aránzazu», y el tercer maquinista, a las tres y media de la madrugada del lunes (nueve de la noche del domingo, hora española).

El segundo oficial presentaba gravísimas heridas, y los servicios sanitarios del «Thulin» se aprestaron a atenderlo. Todo fue inútil, pues el segundo oficial murió apenas ser colocado en la camilla, a las diez de la mañana del lunes. El caguero holandés enfiló rumbo a Matthew Town, en la Gran Inagua, isla del grupo de las Baamas.



Los hermanos de José Vaquero durante el responso rezado por un capellán castrense.



El féretro del capitán a hombros de oficiales de la Marina mercante y la Marina de guerra.

OFRECIMIENTO

Antes de llegar, en el camino fue detenido el carguero dos veces por lanchas cubanas, que solicitaron llevarse a los heridos y a los cadáveres para conducirlos a La Habana. El ofrecimiento no fue aceptado; los cubanos hubieron de limitarse a remolcar el incendiado «Sierra Aránzazu», que, a pesar del derecho de presa, será devuelto a España según declaraciones de Fidel Castro.

Llegado el «Thulin» a su destino, aviones norteamericanos se llevaron a los supervivientes y a los cuerpos de los tres fallecidos a Guantánamo; luego fueron trasladados a Puerto Rico, de donde llegaron en dos expediciones a España.

LLEGADA

A las 8,39 del jueves, 17, aterrizó en Barajas un reactor de Iberia con trece supervivientes. Sus relatos pusieron contrapunto emocionado a las informaciones de Prensa. De los trece, varios que venían heridos pasaron al sanatorio Ruber, de Madrid. Dos días después, a las 11,47 de la mañana del sábado, otro reactor de Iberia dejaba en Barajas al agregado del «Sierra Aránzazu» y a tres supervivientes heridos, y los féretros que contenían los restos mortales del capitán, del segundo oficial y del tercer maquinista.

Mientras los tres heridos eran conducidos al sanatorio, los féretros eran cubiertos por banderas con los colores de España. A hombros de oficiales de la Marina de Guerra y la Marina Mercante, los féretros fueron colocados en una de las dependencias del aeropuerto, donde un capellán castrense rezó un responso.

El acto fue presidido por el ministro de Comercio y el subsecretario de la Marina Mercante, y en la presidencia familiar estaban unos primos del capitán, el padre y hermanos del segundo oficial y un hermano y una hermana del tercer maquinista. Seguidamente, los ataúdes fueron introducidos en sendos coches fúnebres, que se encaminaron a Algorta, Vigo y Villablino, donde las víctimas del «Sierra Aránzazu» han recibido, respectivamente, cristiana sepultura.

VICTIMAS

El capitán Iburgurengoitia descendía de una familia de marinos; su padre, también capitán de barco, murió en la mar, en el año 1940. Enrolado en 1958 en la Marina del Norte, propietaria del «Sierra Aránzazu», barco asegurado en 57 millones de pesetas, el capitán Iburgurengoitia pasó a mandarlo desde su batadura, hace seis meses. La viuda recibió la noticia de que su marido había muerto el mismo día que ella celebraba el

7
cumpleaños. El capitán deja una niña y un niño, ambos de corta edad.

El segundo oficial, Francisco Cabello Fernández, era el primero de su familia, oriunda de Valladolid, que sintió la llamada marinera. El padre ejerce la profesión de aparejador en Vigo, donde vive con otros hijos solteros. Javier Cabello se enroló en la compañía en agosto, para hacer la ruta del norte de Europa. Despidió a su familia en Vigo y, al llegar a Bilbao la compañía le propuso embarcar en el «Sierra Aránzazu» para ir a Cuba, lo cual aceptó. Uno de sus hermanos, residente en Ceuta, coincidió con Javier en Algeciras, y luego en Ceuta,



El primer oficial, abrazado por su esposa en Barajas.

cuando el barco repostó en este puerto. Los hermanos Cabello eran seis, tres varones y tres hembras, siendo el segundo oficial el cuarto de todos ellos.

El tercer maquinista, José Vaquero Iglesias, nació en Villablino, León, hace veintitrés años, y aquí tenía su domicilio familiar. Eran cinco hermanos, y el hecho de hallarse el padre enfermo convirtió a José Vaquero en el verdadero sostén de su familia. El hermano más pequeño hizo el bachiller completo en dos años, y ahora pensaba matricularse en Derecho, costeando José todos estos estudios, orgulloso de que su sacrificio tuviera el pago de una elocuente aplicación escolar. Este hermano de José Vaquero fue el que, junto a una de las hermanas y otros familiares, representó dignamente a la familia en los actos fúnebres celebrados el pasado sábado en Barajas.

Antonio G. ALFARO

(Fotos Mora Freire y Chicharro.)

de Barajas, en un avión de «Iberia», de los tripulantes del mercante «Sierra Aránzazu», estuvo rodeada de un clima de profunda emoción.





Desembarco en el aeropuerto madrileño de los restos de los tres marinos asesinados alevosamente en las aguas «libres» del Caribe, en un ataque seguramente fraguado en Miami, donde se organiza una política exterior que debería estar hecha en Washington, según el deseo del también asesinado Presidente Kennedy.